



Luis Mateo Díez, en la Plaza Mayor de Madrid. Abajo, portada de su último libro, publicado por Edilesa, perteneciente a la colección de autores leoneses «los libros de la candamia».

«Los medios de comunicación están trivializados y la sociedad extorsionada. El hábito de la cultura está en minoría, en una isla lejana a esos juegos de esa sociedad. Esto que nos parece exagerado tal vez no sea distinto a como ha sido siempre. La cultura es minoritaria: leen menos que más. Hay desproporción.

En este fin de siglo y de milenio hay confusión, y la nota básica es la pérdida del sentido común. Los valores están trastocados en una sociedad donde la revolución tecnológica sopla por todas partes. Este fin de siglo es muy duro de pelar. Ahí están las sociedades avanzadas y ahí está el Tercer Mundo».

—¿Se edita bien, se cuidan las ediciones?

—Hay de todo. Hay editores cuidadosos, que les gusta el libro como objeto, sin olvidar el contenido. También vivimos tiempos en los que se edita mucha cosa sin cuidar: letras ingratas. El gusto por una buena edición existe en el lector medio, que queremos y exigimos ediciones cuidadas. Del contenido, para qué voy a hablar...

—¿Recomendaría a los políticos la lectura de Pinocho?

—Sí, sí —lo expresa sin dudar. Sería un texto fundamental para que lo leyeran, porque Pinocho es una metáfora que deberían tener muy presente los políticos habituales. La última obra publicada de Luis Mateo Díez es «Días del desván», un relato de infancia en un valle del noroeste peninsular, el de Laciana, en un tiempo de postguerra. El relato, como tal, es una memoria de aprendizaje y descubrimiento de unos muchachos que hacen de un desván un espacio secreto de juegos y confidencias: un reducto de amistad y sorpresa, de aventuras reales o imaginarias. La infancia sería no una edad, sino un estado de inocencia y sabiduría.

—¿Escribe pensando en el lector?

—Intento escribir con el lector, me convierto en ese

lector que necesito. Soy mi primer lector y a estas alturas tengo formado el hábito, siempre vigilado mientras escribo. Es un lector ideal, cómplice, que es el que me gustaría encontrar, que me dijera si lo que hago está bien o no. Lo que es cierto es que lo que me gusta, me gustaría que llegara a todos los lectores.

—¿Qué se puede pensar de una sociedad más atenta al llamado padre Apeles, más atenta a la revista *Hola* o a *lady Di*, más atenta al fútbol y a los toros que a sus escritores, científicos o intelectuales?

—Todos esos caminos son los mejores para llegar a la estupidez. Los medios de comunicación están trivializados y la sociedad extorsionada. El hábito de la cultura está en minoría, en una isla lejana a esos juegos de esa sociedad. Esto que nos parece exagerado tal vez no sea distinto a como ha sido siempre. La cultura es minoritaria: leen menos que más. Hay desproporción.

—¿Es importante escribir bien, es importante contar buenas historias?

—Es importante escribir bien buenas historias. Un estilo hermoso, fatuo, formalista, tampoco tiene mucho interés. Lo contrario tampoco. Toda historia necesita un estilo y una arquitectura; cada historia necesita sus palabras: imágenes y palabras o creación y expresividad.

